

negra honrilla en las telas del corazón. . . . Yo soy castellano viejo y varón tan bien nacido como el que más, y tanto vale mi pobreza como la plata del rey.

.....
 ¡Almas de castellanos viejos!—me dije yo al salir de la torre.—¡Almas de indómita energía para el bien y para el mal! ¡Hombres de cuarzo y de oro, recios y sensibles a un tiempo, como carne de corazón! ¡Raza altiva y terca de reyes: Salud!

RICARDO LEON

LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL EN MEDELLIN

MEMORIA HISTÓRICA ESCRITA PARA EL CUADRAGÉSIMO ANIVERSARIO DE SU FUNDACIÓN EN ESTA CIUDAD, POR EL DOCTOR JULIO CÉSAR GARCÍA Y LEÍDA EN LA REUNIÓN SOLEMNE DEL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1922.

Un postulado de eficacia. El Apóstol de los gentiles, que colocó la virtud de la caridad sobre todas las otras del cristianismo y como requisito indispensable para el esplendor de todas ellas, señala en su primera epístola a los de Corinto el punto de toque para distinguirla de todo lo que se le asemeja en las falsificaciones humanas que con el nombre de filantropía o de altruismo son sólo el fruto de afectos sensibles y no de la voluntad movida por el amor de Dios: la verdadera caridad, enseña, no se busca a sí misma en el ejercicio de sus actos y es por el contrario humilde y recatada, para cumplir el precepto del Señor de que no hagamos las obras buenas en presencia de los hombres para ser vistos por ellos, pues ni la mano izquierda debe saber lo que la derecha ejecuta.

Sin embargo, el mismo Jesucristo ordenó que brille la luz de los buenos en presencia de los demás, para que se animen a glorificar a Dios, y San Gregorio explica de esta suerte la aparente contradicción en aquella armonía: «De tal manera sea pública la obra que la intención quede en lo oculto; muéstrase lo bueno para gloria divina y nunca para alabanza propia.»

Con este espíritu, del que pretendo no alejarme para que el alto fin de la institución no se desvirtúe, arrancaré unas cuantas flores del jardín vicentino de Antioquia para que en esta fecha jubilar sirvan de edificación, en contrapeso a la ola de liviandad con que conjuradas fuerzas amenazan remover los cimientos seculares de la sociedad cristiana. Oponer al escándalo del vicio el ejemplo de las buenas obras es postulado de eficacia en la empresa de la Acción Social Católica, dentro del cual encaja el recuerdo de la labor cumplida por la Sociedad de San Vicente de Paúl en los primeros cuarenta años de su existencia en Medellín, recuento que oiréis de mis labios por razón solamente de mi voluntad disciplinada en el acatamiento de las órdenes superiores, pero no de la capacidad ni mérito que me acreditan para tan delicado objeto.

El grano de mostaza. Con el mismo fin ejemplar se ha escrito la historia de la Sociedad de San Vicente de Paúl de París, primera en su clase que se fundó en el mundo, y centro a donde convergen para recibir de ella luz y calor las ciento y mil instituciones análogas inspiradas en la caridad del Santo. Fue en el año de 1833 y en su florido mayo cuando la enérgica e ilustrada fe de Federico Ozanam puso por obra el pensamiento de convertir una academia de estudios profanos en centro cuyo objeto fuese el culto de Cristo en la persona de los pobres, con la advocación de San Vicente y el patrocinio de Nuestra Señora.

Ocho estudiantes formaron aquel núcleo glorioso y hace notar el cronista que de su escaso número arranca el hábito de franca cordialidad que preside las conferencias y que se ha procurado mantener mediante subdivisiones sucesivas cuando el crecido número de socios puede ser obstáculo a la intimidad de hermanos que debe reinar entre todos. Los honorarios de aquellos jóvenes como colaboradores de un periódico del barrio de San Sulpicio, en donde celebraron las primeras reuniones, constituyeron el primer fondo de la Sociedad, que hoy llena los continentes con el perfume de sus virtudes y las voces de gratitud que arrancan sus eminentes beneficios.

“Fiat” en Colombia. Por los ungidos labios del ilustre sacerdote chileno Monseñor Víctor Eyzaguirre se habían conocido en Bogotá mediado el año de 1857 los éxitos y promesas de la Sociedad que Ozanam fundó en Francia. En uno de los claustros del convento de Santo Domingo departía un coro de amigos acerca de las posibilidades de realizar el pensamiento que como simiente prolífica había caído en corazones generosos; ante los obstáculos que uno de los circunstantes expuso y la indagación que hizo sobre el modo de superarlos, el joyen y ya afamado poeta y polemista católico Mario Valenzuela, contestó:

«Así» y tomando su sombrero lo puso delante de cada uno de los que atónitos le miraban, diciendo:

«Una limosna por amor de Dios.»

La Sociedad de San Vicente había nacido en nuestra Patria.

«Más de sesenta años lleva de existencia, ha escrito Monseñor Carrasquilla, y en tan largo período, en esta tierra clásica de la inconstancia, no ha dejado de celebrar una de sus juntas semanales, ni en épocas de guerra civil, ni en los días de más acre persecución

a la Iglesia, ni en aquellos en que la ciudad fue teatro de trágicos combates. Las lágrimas que se han enjugado, las miserias espirituales y corporales aliviadas no tienen número: sólo Dios las conoce. El instituto se ha propagado a todas las poblaciones importantes de la República. Para que la memoria de Mario Valenzuela no se borrara jamás de nuestra Patria, bastaría grabar en la losa de su sepulcro estas palabras: *Fundador de la Sociedad de San Vicente de Paúl.*»

Primeras semillas en Antioquia. De Bogotá empezó a extenderse la Sociedad con la lentitud pero con la eficacia de toda buena semilla. El espíritu de asociación crecía por momentos en Colombia proporcionalmente a las necesidades de la vida, cada hora más difícil es de atender con el esfuerzo aislado de los hombres, y para el socorro de los desvalidos y menesterosos no faltaron en Antioquia mismo instituciones de caridad muy meritorias, aunque su organización distaba mucho de corresponder a los ideales que sirvió Ozanam.

Un distinguido hijo de Bogotá, el señor Juan N. Núñez Uricoechea, vástago de razas proceras en las cuales brillaban nada menos que su padre el doctor Juan N. Núñez Conto, a la sazón presidente de la Sociedad de San Vicente de Paúl de la capital, y su tío el eximio filólogo doctor Ezequiel Uricoechea, y él mismo persona de gran cultura y de elocuencia natural muy sobresaliente que figuró en el Consejo Nacional de delegatarios de 1886, recorrió la República como agente de una casa productora de ornamentos para iglesia y en todos los lugares que visitó, hasta la lejana Pasto, donde en 1870 fundó la primera conferencia, tomó grande empeño en promover el benéfico instituto: el 16 de noviembre de 1888 convocó en Sopetrán a los principales vecinos, con el propósito de establecer una Sociedad de San Vicente de Paúl sobre las mis-

mas bases y estatutos que rigen a la de Bogotá. «Dicho señor Núñez, aparece en el acta de aquella reunión, manifestó en un luminoso discurso el plan del instituto, sus benéficos resultados, y muy especialmente los que promete a este pueblo, como que el móvil de sus acciones no es otro que el amor de Dios y del prójimo, y su fin socorrer la humanidad, y, habiendo el señor Núñez concluido exhortando a los presentes a proceder desde luego a nombrar los empleados generales de la Sociedad para su instalación y demás fines, se dio principio a ello de conformidad con el Reglamento de la de Bogotá, adoptado al intento.» Los dignatarios elegidos fueron los siguientes: presidente, Francisco Trespalacios; primer vicepresidente, Maximiliano Villa; segundo, Pioquinto Uribe; tesorero, Pedro P. Sevillano; secretario, Gonzalo Roldán, subsecretario, Juan de Dios Sánchez.

El señor Núñez, cuya mejor obra, si vale la expresión de Menéndez y Pelayo, fue su hijo el gran polemista católico Carlos Núñez Borda, visitó otras poblaciones importantes de este Departamento y estuvo principalmente en Medellín; esta sociedad le tributó agasajos muy propios de su distinguida condición, pero no se le alcanza el éxito, aunque hubiera sido potencial, de sus exhortaciones constantes en pro de la difusión del instituto que lo contaba como uno de sus más activos miembros.

«El Liceo Antioqueño,» sociedad de carácter literario que tuvo por director a don Demetrio Viana, y las sociedades católicas tuvieron secciones especiales de beneficencia, en las cuales se hablaba ya de seguir los estatutos vicentinos, aunque sin resultado alguno satisfactorio, pues todas las iniciativas, como la que se tuvo de modo más formal en 1876, encallaron ante el primer obtáculo.

“Los Escopetos,» Se necesitó el fuego de un espíritu forjado al calor de las más puras enseñanzas católicas e inflamado en las prácticas de esa virtud que es «suavidad eterna de los ángeles y de los hombres» para que la semilla por mucho tiempo oculta en los corazones diera señales de una robusta germinación.

Ese fue José Joaquín Hoyos, joven de menos de veinte años entonces, al rededor del cual se teje la historia de la Sociedad en Medellín durante sus tres primeros lustros y algo más, pues no sólo tuvo la iniciativa de ella y fue de sus socios fundadores, sino también alma del instituto, la que comunicaba calor y vida y de cuyas principales empresas tuvo la visión anticipada.

Un grupo de alegres camaradas, tan sanos de alma como de cuerpo, había adquirido la costumbre de dedicar los días de holganza a correrías cinegéticas por los alrededores de Medellín, costumbre que vino a constituir una cuasi institución a la que en los círculos juveniles de la ciudad se daba el nombre de «Los Escopetos»; Hoyos hacía parte de aquella sociedad, pero su espíritu apostólico no se daba tregua y siempre llevaba a las excursiones libros devotos o que contuvieran alguna enseñanza moral, que solía leer a sus compañeros a la hora en que la fatiga los congregaba a la sombra de los árboles para buscar reposo; aquellas lecturas iban siempre acompañadas de consideraciones acerca de los deberes que como cristianos les correspondían y en más de una ocasión pararon en la necesidad de dar a la vida objeto más benéfico, pensando no solamente en la satisfacción de sus gustos, por honestos que fuesen, sino también en el alivio de los menesterosos, mediante la fundación de la Sociedad de San Vicente de Paúl.

Para poner por obra tan alto pensamiento se reunieron una noche aquellos nemrodes en la casa de don

Ricardo López y cuando apenas empezaban a poner base firme a sus propósitos, la música de un piano en las vecinas estancias y el aire de primavera que sacudía aquellas fuentes enamoradas de lo bueno y de lo bello, sabe Dios y acaso también los geniecillos raudos de la danza saben el fin a que llevaron la reunión.

Sesión inicial. El señor Hoyos continuó urgiendo a sus amigos y a otros más para que se diera a la asociación base más firme, a tiempo que llegó de Bogotá el señor Félix R. Jaramillo y de acuerdo con don Juan A. Zuleta reforzó las instancias con el copioso fruto que iba dando en la capital la Sociedad meritísima; sirvió de convergencia a aquellas voluntades el señor Félix A. Restrepo Uribe, cuyo amor por la Sociedad hace que conserve cada uno de los detalles de su fundación y marcha y sea auxiliar poderoso para el esclarecimiento de los hechos que no aparecen con la nitidez deseada en las Memorias anuales. Su nombre y el de los señores Juan A. Zuleta, Estanislao Gómez Barrientos y José María Escovar representan en este jubileo la tradición de cuarenta años consagrados al servicio del prójimo con singular eficacia, pues a dicha tenemos contemplar en ellos a los fundadores sobrevivientes, siempre fieles al espíritu de la institución.

El doctor Zuleta ha tenido la comprensión, muy propia de su espíritu selecto, de cuanto esta solemnidad significa y dando de mano a ocupaciones premiosas y superando obstáculos que para otro cualquiera en sus circunstancias habrían sido invencibles, se sienta hoy en medio de nosotros para gozar la fruición santa de los buenos al contemplar el fruto magnífico del grano de mostaza sembrado por él en campo y momento propicios.

(Continuará)

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFÍA.—CIENCIAS.
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la 'REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don Antonio Rocha, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.